

bajo el puente, el río». Tan sólo labriegos, rústicos y zafios. pueblan el castillo.

En las lóbregas mazmorras—en que otrora gimieran cautivos—cacarean y alborotan ahora aves de corral.

La espaciosa cocina, de amplia chimenea, «en que hubiera cabido holgadamente el asador de un olmo entero y el entero novillo de las bodas de Camacho», está habitada por la gañanía.

Todas las dependencias del castillo que se hallan alejadas de la plaza de honor, se han convertido en cuadras y pajares y tinahones...

El refrán castellano que dice: «Abájense los adarves y álzense los muladares», se ha cumplido fatalmente en la mansión feudal de Montizón.

En los mellados adarves y mutiladas almenas crecen altas hierbas y anidan los grajos a centenares.

Y entre los escombros asoman sus chatas cabezas múltiples respiles.

Todas las glorias de antaño, por igual las del castillo y de la Orden,

«¿Qué fueron sino verduras de las eras?».



Lo que fuera un tiempo gallarda torre del homenaje.

* * *

Hartos ya de contemplar tanta desolación y ruina tanta y tanto y tanto atropello, evocando la memoria del valeroso soldado cuan inspirado poeta, que rindiera su vida por su reina y honrara la memoria de su padre con sus famosas Coplas, acaso aquí mismo escritas, partimos del castillo con el véspero.

Suspendida en el alto peñón que le da asiento queda la fortaleza de Montizón, como un himno de piedra del Medievo.

Las luces del ocaso dan a la vieja osamenta de la centenaria mole cierto aspecto romántico y glorioso.

En el silencio augusto de los campos, por mil mínimos ruidos amasado, se escuchan las esquilas de un rebaño, que hacia el castillo avanza.

¡Es la mesnada del moderno señor de Montizón!

Antonio Merlo Delgado.

Fotos A. M. D.

(Del libro, en preparación, RUTAS. (Sinfonía de Ciudades y Paisajes.)